

Me gusta hablar de filosofía. Creo que la primera obra de misericordia es intentar contagiar nuestros entusiasmos. Con frecuencia, los filósofos no justificamos bien la importancia de nuestro trabajo. Repetimos con demasiada ligereza que “no es útil para nada”, y que plantea muy bien las preguntas pero no sabe dar las respuestas. No seré yo quien lo diga. Me irrita esa idea de que estamos en las nubes. La filosofía es ante todo la capacidad de enfrentarse inteligentemente con los problemas prácticos y eso exige estar superlativamente en la realidad. A veces da la impresión de que es una viejecita que mira nostálgicamente las fotos de familia: “¡Ay, qué guapo era el abuelo Platón! ¡Y qué ricos éramos cuando vivía Hegel! ¡Y cómo nos divertíamos cuando nos disfrazábamos de existencialistas con Sartre!”. Conmigo no cuenten para esta consagración de la melancolía. Reivindico una filosofía de frontera, que sintetiza el pasado para entender el presente y procurar que no nos equivoquemos en el futuro. Esta es una actividad imprescindible para el buen ejercicio de la ciudadanía y, por lo tanto, debe considerarse un servicio público. Hace años, Jacques Derrida defendió que había un “derecho a la filosofía”, que había que incluir dentro del repertorio de derechos humanos. Y Jacques Lévine, organizador de los grupos de filosofía en la escuela francesa, ha publicado hace poco un libro con el despampanante título: “¿Es el niño filósofo la esperanza del futuro?”

Parecen afirmaciones exageradas; por ello, antes de admitirlas, conviene someterlas a crítica. Para hacerlo, responderé a dos preguntas esenciales. ¿Qué es la filosofía? ¿Por qué debemos entender la filosofía como un servicio público? Comenzaré por la primera. En este número de MUY HISTORIA van a encontrarse con muchos pensadores pensando cosas distintas, y eso puede producirles cierto desconcierto. Para salir de él, conviene que vean la historia de la filosofía como el desplegarse de una experiencia, de la misma manera que la historia de la pintura es el despliegue de la experiencia pictórica. En cierto sentido, la filosofía se identifica con el dinamismo de la inteligencia humana, que quiere conocer, explorar, hacerse preguntas, comprender lo que pasa, juzgar adecuadamente. Prolonga ese afán infantil por hacer preguntas en cascada. Pero a estas alturas, podemos precisar más su contenido. **La filosofía es la reflexión crítica que hace la inteligencia humana sobre sí misma, sobre sus límites, sobre sus creaciones, sobre el ser humano y**

**su relación con la realidad, sobre su destino.** Por eso estudia todo lo que la inteligencia ha hecho, sus grandes expectativas y pretensiones: ciencia, arte, religión, sistemas políticos, formas de vida, e incluso la misma filosofía, que se convierte así en objeto para sí misma. Las demás ciencias son especializadas. La filosofía es un saber de segundo nivel. Nos permite asomarnos a un balcón y ver desde allí el resto de las actividades humanas.

Para comprender el alcance de esta definición, debemos recordar que la finalidad de la inteligencia no es conocer, sino dirigir bien el comportamiento aprovechando la información para resolver los problemas planteados por la situación, para resolver los problemas que la vida nos plantea. Hay que *saber* para *saber actuar* bien. Por eso, los griegos creadores de la palabra “filosofía” consideraban que era, ante todo, un modo inteligente de vivir. Me parece una buena definición. Los problemas con que inevitablemente nos enfrentamos pueden ser teóricos o prácticos. Se diferencian porque un problema teórico se resuelve cuando CONOZCO la solución. Es lo que sucede con los científicos o matemáticos. En cambio, los problemas prácticos no se resuelven cuando conozco la solución, sino cuando la pongo en práctica, que suele ser lo más difícil, porque entran en juego ideas, creencias, intereses, miedos, emociones, filias y fobias. Es sin duda mucho más complicado. Se puede ganar un premio Nobel de Física o de Química antes de los treinta años (hay casos) pero no se puede ser un buen clínico, o un buen político a esa edad.

A todos nos interesa saber a qué atenernos, orientarnos entre las ideas y las cosas, ejercer el pensamiento crítico para que no nos engañen o nos manejen como ovejas. Saber identificar a los gorriones o a los timadores es una imperiosa necesidad individual y social. Esta es una tarea filosófica, que nos lleva a la segunda pregunta. ¿Por qué digo que la filosofía es un servicio público?

Después de dedicarme durante décadas al estudio de la inteligencia como facultad personal, caí en la cuenta de algo obvio: que esa inteligencia individual se desarrolla siempre en un entorno social, que la deprime o impulsa. No existe la inteligencia aislada. Nuestra inteligencia personal es fruto de la cultura. Lo que creamos, nos crea. Por ello, si queremos comportarnos inteligentemente, tendremos que esforzarnos en construir una sociedad inteligente, porque gran parte de lo que pensamos y sentimos lo decide nuestro entorno, sin que nos demos cuenta. Y si se

ese entorno se encanalla nos encanallamos todos. “¡Qué difícil es no caer cuando todo cae!”, se quejaba Antonio Machado. Vivimos en precario. Ninguna de las grandes invenciones de la inteligencia humana –la democracia, los derechos humanos, la dignidad como concepto básico, la igualdad- son estables. La historia ha contemplado colapsos culturales terribles, y no estamos a salvo de ellos. Nuestro único seguro de vida es aumentar la inteligencia social, la sabiduría compartida, la capacidad crítica para defender lo bueno y rechazar lo injusto. De esto debe encargarse la filosofía. Las contaminaciones ideológicas son más graves que las químicas.

Pero la filosofía no podrá ejercer su función pública si se mantiene en un plano teórico. La educación debe poner en práctica, llevar a las inteligencias y a los corazones de todas las personas, lo que esa filosofía comprometida y responsable justifica y legitima. Al hablar de educación no estoy hablando de clases, asignaturas, diplomas, sino de algo transcendental. Educar es la facultad que define al ser humano. **Somos la especie que educa a sus crías.** No es una exageración. La última gran mutación de la que emergió el cerebro moderno sucedió aproximadamente hace doscientos mil años. Desde entonces, la evolución ha ido seleccionando algunas capacidades, pero en esencia nuestros niños nacen con un cerebro del pleistoceno. Sin embargo, a los diez años, su configuración es muy diferente. En ese período ha asimilado, con una rapidez increíble, lo que la especie humana tardó doscientos mil años en inventar: el lenguaje, la regulación de las emociones, las formas de convivencia, los sistemas de control de la conducta, la voluntad, la libertad, la cultura. Los casos conocidos de niños lobos demuestran que el cerebro infantil es un poderosísimo sistema de aprendizaje, que en un entorno lobuno aprende pautas lobunas, y en un entorno humano aprende pautas humanas. Somos híbridos de naturaleza y cultura, lo que significa que nuestro destino está pendiente de la educación que es quien realiza esa unión. Tradicionalmente, la educación se limitaba a transmitir las vigencias sociales, pero en este momento esa tarea meramente instrumental no basta. Tiene que convertirse en garante del futuro. Es el mecanismo impulsor de la evolución cultural. El de la evolución biológica fue la selección natural. Esa ya no nos sirve. Como mecanismo evolutivo, la educación debe ser consciente de las metas –para eso debe apoyarse en la filosofía- , transmitirla a los ciudadanos, y formar a profesionales, científicos, técnicos y políticos para que la hagan progresar.

No me cabe duda: la filosofía es un servicio público. Debe proporcionar el fundamento teórico de esa actividad constituyente de nuestro ser que es la educación. Por eso felicito a MUY HISTORIA por este número, que permite acercar al gran público una página esencial de nuestra vida.